

# Capitalismo, fascismo y democracia en la obra de Karl Polanyi. Una encrucijada todavía viva

***Capitalism, fascism and democracy in the work of Karl Polanyi. A crossroads still alive***

**Jorge POLO BLANCO**

*Universidad Complutense de Madrid*

[hiperbolik1983@hotmail.com](mailto:hiperbolik1983@hotmail.com)

BIBLID [ISSN 2174-6753, nº7: 133-152]

Artículo ubicado en: [www.encrucijadas.org](http://www.encrucijadas.org)

Fecha de recepción: enero de 2014 || Fecha de aceptación: junio de 2014

**RESUMEN:** En el presente trabajo, y al hilo de la obra de Karl Polanyi, intentamos reconstruir algunas de las líneas de fuerza que han definido el devenir de las modernas sociedades europeas; dichas líneas constituyen una encrucijada histórica y política que se decanta a través de las múltiples tensiones producidas entre la economía de libre mercado y la democracia, y que aparece como un complejo campo teórico y práctico abierto a múltiples recorridos, en el que además tiene que pensarse la tragedia del fascismo. La interpretación polanyiana de toda esta dinámica histórica presenta una virtualidad incontestable y una potencia actual imprescindible.

**Palabras Clave:** *laissez-faire*, conspiración colectivista, democracia, liberalismo, fascismo.

**ABSTRACT:** This essay reconstructs some of the vectors implicit to the historical development of the European modernity following the analysis of Karl Polanyi. This political and historical crossroads is related to a long-term conflict between free-market economy and democracy. It is a complex theoretical and practical field open to different itineraries that include the tragedy of fascism. The interpretation of Karl Polanyi of this historical dynamic is conceptually powerful and more up-to-date than ever.

**Keywords:** *laissez-faire*, collectivist conspiracy, democracy, liberalism, fascism.

## **1. Los dos vectores de la obra polanyiana. El peligro antropológico y el peligro político**

"*My father was, all his life, a socialist*" (Polanyi-Levitt, 1993: 115). Son palabras de Kari Polanyi-Levitt. Es evidente, no obstante, que el socialismo de Karl Polanyi no quedaba adscrito a la línea programática de la Tercera Internacional y que su perspectiva política estuvo más estrechamente vinculada al socialismo cristiano británico (Bishop, 1993) y al socialismo democrático de inspiración fabiana (Mendell, 1990), con los cuales convivió estrechamente en su periplo inglés, sin olvidar el "socialismo gremial" de G. D. H. Cole (Cole, 1917 y 1920). El socialismo neokantiano, procedente de Hermann Cohen y F. A. Lange, habría de llegar hasta la Viena de Max Adler, Otto Bauer y los austromarxistas, y éste fue también el ambiente cultural de Polanyi durante su etapa austriaca, en los primeros compases de su trayectoria vital e intelectual.

Polanyi trabajaba en Viena como redactor y coeditor del periódico *Der Österreichische Volkswirt*, de temática política y económica, entre los años 1924 y 1933. En este último año, después de que el nacionalsocialismo asaltara el poder, Polanyi hubo de emigrar a Inglaterra por razones políticas evidentes, y ya en Londres se dedicó a la docencia; allí continuó escribiendo artículos para el *Volkswirt* y para otras revistas británicas, y empezó a participar en el *Christian Left Group*. Es en el libro *Christianity and Social Revolution*, coeditado en 1935 por él mismo, donde aparece su trabajo "The Essence of Fascism", y en él Polanyi sostendrá que el fascismo era un movimiento que, al atacar por igual a la democracia y al socialismo, no podía dejar de enfrentarse a las raíces cristianas de dichos movimientos (Stanfield, 1986).

Al acercarnos a la obra polanyiana hemos de tener en cuenta que, por un lado, elabora una crítica antropológica de la sociedad de mercado que pivota en torno al problema de la entera subordinación de todos los aspectos de la vida personal y social al mecanismo del mercado; se trata, en suma, del desfallecimiento de todos los lazos humanos de suyo no económicos que, a través de un progresiva y exhaustiva mercantilización, van quedando sujetos a una intensa reducción económico-técnica (Polo, 2013). Este es el crucial problema antropológico de la determinación económico-totalizadora de la vida humana y de la consecuente descomposición social y espiritual, advenida al compás mismo del desarrollo de este inaudito y violento proceso histórico-institucional por medio del cual el mecanismo del mercado va quedando emancipado con respecto al resto de dispositivos sociales (Polanyi, [1944] 2003).

Antes de la llegada de la moderna sociedad industrial de mercado resultaba inconcebible que existiese algo así como una esfera económica separada y desgajada del resto de la urdimbre social. Polanyi, bien es verdad, jamás negó que en culturas anteriores a la sociedad moderna hubieran existido elementos de mercado, comercio y dinero. Lo que negaba, más bien, es que hubiera existido con anterioridad alguna otra civilización en la que dichos elementos permanecieran cohesionados, imbricados y ensamblados en un sistema integral de mercado, cosa bien distinta (Polanyi, [1977] 1994). En cualquier caso, el peligro sondeado por Polanyi era de una cualidad última, antropológica, toda vez que los resortes más vitales de la comunidad humana estaban perdiendo su consistencia al ir quedando progresivamente subsumidos en el mecanismo mercantil e integrados en un marco institucional y normativo dentro del cual se empezaba a estimar que todo dominio de la vida social humana había de estar al servicio de una actividad

económica que había perdido su lugar subordinado dentro del orden cultural. Polanyi entendía, en suma, que la dinámica inherente a un mecanismo de mercado completamente liberado y omniabarcable hubiera puesto en entredicho la subsistencia misma de la cultura humana (Polanyi, [1957] 1976).

Ni siquiera en la obra de Adam Smith puede observarse todavía una nítida escisión de una esfera económica separada del tejido social y funcionando con una lógica tendencialmente emancipada y autónoma (Dale, 2010). Y es por esto que la civilización decimonónica representaba una rareza etnográfica y una radical anomalía histórica, puesto que nunca antes una sociedad había vivido presa de la legalidad autónoma de un sistema económico previamente emancipado de la urdimbre social (Polanyi, [1977] 1994).

Pero hay otro elemento distinto en la obra polanyiana que aparece, no obstante, íntimamente ligado a este que acabamos de esbozar, a saber, el perentorio problema de construir alguna forma de re-integración política de lo económico; o, en otras palabras, la posibilidad de poner en marcha, tras el estrepitoso fracaso de la "utopía liberal", alguna suerte de democracia industrial y productiva que vuelva a subordinar la legalidad emancipada de lo económico a una normatividad societaria que a su vez esté determinada por una instancia política sujeta a control popular. Este segundo vector, por lo tanto, también resulta determinante en el pensamiento de Karl Polanyi, a pesar de que los escritos políticos de éste no siempre han recibido la atención merecida.

La utopía fracasada del sistema de mercado había llevado al orden social al borde mismo de su catastrófica desaparición. Las masas trabajadoras habían quedado sumidas en la explotación, que no era sólo económica, toda vez que lo que estaba en juego era también la desintegración cultural del ambiente de los trabajadores, espiritualmente arruinados por los fuegos de una industrial mercantil que había devastado la habitabilidad de su mundo (Polanyi, [1944] 2003).

Por ello, el problema acuciante era construir otro modo de organización industrial integrada por otra institucionalidad económica ajena al mecanismo de los mercados autorregulados. La era de la máquina, bajo su forma capitalista, había concluido en estrepitoso colapso; pero en 1947 Polanyi advertía de la necesidad de ir más allá de la mera constatación de que el sistema de mercado se había decantado como un experimento utópico autodestructivo:

"La simple negación de los ideales del siglo pasado no puede señalar el camino. Debemos desafiar el futuro, aunque esto nos lleve a modificar la posición de la industria en la sociedad para que sea posible asimilar la extraña realidad de la máquina. La búsqueda de la democracia industrial no es solamente la búsqueda de una solución para los problemas del capitalismo, como imagina la mayoría de las personas. Es la búsqueda de una respuesta a la industria misma. Este es el problema concreto de nuestra civilización. La creación de un nuevo orden requiere una libertad interior para la que estamos mal preparados. Hemos sido reducidos a la impotencia por la herencia de una economía de mercado que transmite concepciones simplistas sobre la función y el papel del sistema económico en la sociedad" (Polanyi [1947] 1994: 251).

Frente al fantasma ideológico del determinismo económico y la creciente autonomía de una esfera económica que absorbía dentro de su legalidad expansiva todas las dimensiones restantes de la urdimbre social, Karl Polanyi propone un cierto retorno de lo político. Y nos habla, por ello, de buscar nuevas formas de democracia económica o "democracia industrial". El mecanismo económico, que había ido emancipándose de todo control político, debía ahora ser domesticado y reconducido para que pudiera volver a

integrarse en el orden social, y revertir así una situación calamitosa en la cual era el propio orden social el que queda enteramente plegado a las exigencias descontroladas del mecanismo económico.

Hemos de apuntar, en cualquier caso, que en su horizonte teórico, político y moral jamás contempló la deseabilidad de un socialismo de tipo centralizado y tecnocrático que desembocara en un tratamiento puramente productivista de las formas de vida de las gentes comunes (Polanyi, 1922). En efecto, Polanyi entiende que la llamada "economía dirigida" no puede llegar a aprehender, desde sus parámetros puramente estadísticos y cuantitativos, lo que él denomina "elementos internos de la economía", pues un aparato burocrático también deshumaniza con su econometría centralizada la vida de aquellas gentes que participan en el proceso socioeconómico. Porque el trabajo no sólo es un valor estadístico y cuantificable, sino la personalidad viva de alguien que sufre (Polanyi, [1925] 2014). Por lo tanto, su socialismo, de corte gremial, autoorganizativo y municipal jamás podría deslindarse de aquella preocupación antropológica última, pues esa misma preocupación habría de constituir para Polanyi un horizonte de sentido irrebasable y un límite que todo proyecto político deseable habría de incorporar en su propia médula.

En efecto, si democratizar la economía a través de alguna forma de socialismo no tecnocrático y no centralizado implica terminar con la tiranía del sistema de mercado, que había sometido toda la vida social a las necesidades autónomas de una economía emancipada, no debe olvidarse que la preocupación última de Polanyi es también antropológica, toda vez que la desmercantilización de las relaciones sociales había de perseguirse antes que por otro motivo para recuperar en la medida de lo posible las relaciones personales y comunitarias. Por lo tanto, auspiciaba una suerte de socialismo democrático que institucionalizara una economía al servicio de la gente común, pero precisamente y ante todo para que estas gentes volvieran a encontrarse en una sociabilidad distinta no atravesada por la tiranía de la mercantilización totalizadora y que conservase, hasta donde ello fuera posible y deseable, un substrato de vínculos humanos comunitarios y una reserva de lazos personales no mediatizados por los esquemas reductores y homogeneizadores de las puras relaciones económico-técnicas.

En este sentido, los dos grandes problemas que atraviesan la reflexión polanyiana aparecen coimplicados, en tanto que una des-mercantilización de la vida humana ha de ir engarzada a un proyecto político de democracia industrial por medio del cual lo económico vuelva a estar subordinado a lo político y a la fiscalización democrática (Cangiani, 2000). Por cierto, este problema vuelve a ser el nuestro, en tanto que la "tiranía de los mercados" ha resurgido con una fuerza tan avasalladora que ni el propio Polanyi podría haber llegado a imaginárselo en sus más sombríos pronósticos (Harvey, [2005] 2007). Por todo ello sus análisis son plenamente vigentes y albergan un vigor incuestionable.

## **2. El fascismo como baluarte del capital en un contexto post-republicano**

Polanyi entiende que el fascismo es en cierto modo una recuperación mórbida y reactiva de lo político ante la descomposición social de la civilización del mercado; un proyecto, en suma, que pretendía ofrecer la ilusión de una recuperación de la comunidad perdida (Maucourant, 2006). En este contexto de anomia, por lo tanto, es importante compren-

der que el fascismo jugó un papel decisivo en la movilización de unas masas desamparadas y desarraigadas por los efectos del sistema de mercado, cuyo mecanismo había triturado profundamente la urdimbre social; el fascismo, en ese sentido, proporcionó un nuevo mito identitario al que poder adherirse (Mosse, 2004). Y es por todo ello que la prudencia invita a rehuir las explicaciones simplistas que, desde premisas estrechamente economicistas, quieren ver al fascismo como una mera fase superior del capitalismo (Cole, [1960] 1963).

A pesar de lo cual queremos poner de manifiesto que uno de los elementos fundamentales en el desarrollo del pensamiento polanyiano lo encontramos en la reflexión sobre las diversas relaciones conflictivas y, en algunos casos, abiertamente antagónicas, que históricamente se fueron dando entre la economía de mercado y la forma política democrática (Cangiani, 1998).

En ese sentido, Polanyi tenía muy claro, allá por el año 1944, que el fascismo había sido, entre otras cosas, una solución defensiva adoptada por la economía de mercado, asediada en su dinámica interna por las demandas democratizadoras de las clases populares:

“La solución fascista del *impasse* alcanzado por el capitalismo liberal puede describirse como una reforma de la economía de mercado lograda al precio de la extirpación de todas las instituciones democráticas, en el campo industrial y en el campo político por igual. El sistema económico que estaba en peligro de destrucción se fortalecería de ese modo, mientras que la gente misma era sometida a una reeducación destinada a desnaturalizar al individuo y volverlo incapaz de funcionar como la unidad responsable del organismo político. Esta reeducación, que incluía las creencias de una religión política que negaba la idea de la hermandad del hombre en todas sus formas, se logró mediante un acto de conversión masiva impuesta a los recalcitrantes mediante los métodos científicos de la tortura” (Polanyi, [1944] 2003: 297).

El incremento de la presión política ejercida por gobiernos democráticos influidos o controlados por socialdemócratas y socialistas puso en evidencia el antagonismo de unas instituciones democráticas desarrolladas y las exigencias de una economía de libre mercado. En un contexto de crisis social aguda tal antagonismo llegó a hacerse más perceptible y Polanyi entendió que la intervención fascista, en última instancia, vino a poner un dique de contención que tenía como objetivo primordial salvaguardar la economía capitalista de las embestidas democrático-populares (Polanyi, [1933a] 2005).

El Estado fascista, que intenta proyectarse como una instancia poderosa y autoritaria de control centralizado, supone en verdad una práctica anulación del “Estado político”, toda vez que pretende, antes que nada, encarnar la totalidad social en la esfera económica (*Op. Cit.*). En el Estado corporativo fascista, en efecto, los propietarios de los sectores económicos organizados tienen la última palabra en la conformación del orden productivo, y la vida social entera se encuentra subordinada a la gestión técnica de los dueños de la industria. Y todo ello, además, en un contexto en el que las masas ya no pueden intervenir en la configuración de la vida pública. Bajo el dominio de la contrarrevolución fascista el común de las gentes se halla sometido a un régimen dictatorial en el que todas las esferas de intervención política democrática (parlamentos, municipios) e intervención económica democrática (sindicatos o gremios) se hallan aniquiladas. Los dueños de la industria, en suma, se encuentran entregados a una estrecha connivencia con los destructores de la institucionalidad democrática republicana.

En un artículo publicado en 1932, que llevaba por título precisamente “*Wirtschaft und Demokratie*”, Polanyi lo decía de una manera explícita y simple: “Se ha abierto un abismo entre la economía y la política. Tal es, dicho en pocas palabras, el diagnóstico

de la época [...] La izquierda se arraiga en la democracia, y la derecha, en la economía” (Polanyi, [1932] 2012: 197). Y el planteamiento polanyiano, justo a mitad de los años 30, se perfilaba muy nítido a este respecto:

“Hoy en día se acepta, en términos generales, que la mutua incompatibilidad de la democracia y el capitalismo constituye el trasfondo de la crisis social de nuestro tiempo [...] Según la *Dottrina* de Mussolini, la democracia es un anacronismo «pues únicamente un Estado autoritario puede afrontar las contradicciones inherentes al capitalismo». Está convencido de que el tiempo de la democracia ha pasado, pero el capitalismo recién empieza su carrera. El discurso de Hitler en Dusseldorf, al cual ya hicimos referencia, proclama que la absoluta incompatibilidad del principio de igualdad democrática, en política, y el principio de la propiedad privada de los medios de producción, en la vida económica, es la principal causa de la crisis actual; pues «la democracia en la política y el comunismo en la economía se basan en principios análogos». Los liberales de la escuela de Mises argumentan que la interferencia en el sistema de precios practicada por la democracia representativa disminuye, inevitablemente, la suma total de los bienes producidos. El fascismo se justifica entonces como la salvaguardia de la economía liberal. Tanto los fascistas «intervencionistas» como los «liberales» están convencidos de que la democracia conduce al socialismo [...] y los socialistas de todos los credos denuncian el ataque fascista a la democracia como una tentativa de salvar por la fuerza el presente sistema económico” (Polanyi, [1935] 2012:227).

Creemos que se debe prestar atención al entrecomillado que hace Polanyi al final de este pasaje. En efecto, tras indicarnos que el fascismo viene precisamente a rescatar al sistema capitalista de las interferencias democráticas (que a la postre no acaban resultado sino “interferencias socialistas”), tras constatar esto, decíamos, entrecomilla el adjetivo “intervencionista” cuando éste pretende adherirse al fascismo. Y lo hace, precisamente, para deshacer un equívoco, toda vez que dicho adjetivo suele aplicarse a medidas de intervención y reglamentación de la vida económica, siendo así que Polanyi concibe al fascismo como una potencia política que deja intacta la estructura de la propiedad capitalista y que deroga toda la legislación protectora de los derechos laborales tejida y conquistada por las clases trabajadoras. Es decir, entrecomilla lo de “intervencionista” precisamente porque el fascismo, en lo económico, fue bastante liberal y bastante poco dado a interferir en los intereses de los grandes capitanes de la industria y de los magnates de las finanzas.

Y, por otro lado, también entrecomilla el adjetivo “liberales” cuando de lo que se trata es de Mises y sus epígonos, ya que éstos desconfían absolutamente de las formas republicanas de democracia que pretenden intervenir en la vida económica reglamentando la actividad industrial o codificando derechos laborales. Es decir, los liberales austriacos, con los que Polanyi discutía en Viena, tenían claro que un desarrollo real y profundo de las instituciones republicanas y democráticas del liberalismo político podría conducir, a medio y largo plazo, a una terrible deriva socialista de intervención económica.

El vienés Karl Popper argumentaba en *The Open Society and Its Enemies*, aparecida en 1945, que las grandes similitudes dadas entre el marxismo y “su contraparte fascista” denotaban en realidad una raíz intelectual casi idéntica en ambos movimientos y programas (Popper, [1945] 1994: 268). Polanyi, completamente opuesto a semejante interpretación, vislumbra claramente las alternativas que se presentan. “Básicamente, hay dos soluciones: extender el principio democrático de la política a la economía o abolir por completo la «esfera política» democrática” (Polanyi [1935] 2012: 227). La primera alternativa, que es el socialismo, implica la desaparición de una esfera económica de funcionamiento autónomo y autorregulado, pues ahora es el ámbito público y político el que toma las riendas, en las múltiples maneras en las que esto puede hacerse, de la

producción y la distribución de bienes y servicios, y “en ese caso, la esfera política democrática pasa a ser el todo de la sociedad. Esto es, esencialmente, el socialismo” (*Op. Cit.*). Por el contrario, la alternativa fascista supondría una aniquilación de la esfera de la intervención política democrática en la configuración de la vida económica. “Tras la abolición de la esfera política democrática, sólo queda la vida económica. El capitalismo, en cuanto organizado en las diferentes ramas de la industria, se convierte en el todo de la sociedad. Tal es la solución fascista” (*Op. Cit.*). En ese sentido, cabe decir que el fascismo es esencialmente anti-republicano, pero nunca verdaderamente anti-capitalista.

Es muy importante entender, por lo tanto, que para Polanyi el corporativismo fascista no implica en absoluto un Estado construido *contra* la lógica del sistema capitalista. “Lejos de extender el poder del Estado democrático a la industria, por ejemplo, el fascismo se dedicó a extender el poder de la industria autocrática por encima del Estado y, de esa forma, a destruir la base misma de la democracia política” (Polanyi [1937] 2012: 243). A los dueños del poder económico privado, en un proceso de des-empoderamiento de todas las instituciones políticas republicanas, se les otorga plena libertad en la organización de las relaciones sociales de producción, mientras se construye la centralización autoritaria y autócrata de una instancia ejecutiva antidemocrática que aniquila toda la vida parlamentaria y legislativa y prohíbe, en un mismo movimiento, toda intervención sindical.

A la luz de estos textos Polanyi no parecería muy dispuesto a asumir que la razón última del fascismo estuviera ya incoada en la forma moderna de Estado en cuanto tal. Tal tesis podría venir a decirnos que dicha forma albergaba dentro de sí una vocación totalitaria implícita, cuya manifestación en los años treinta del pasado siglo no hubiera sido sino el desarrollo último de una *ratio* siempre presente (Adorno y Horkheimer, [1944] 2004). Muy lejos de estos postulados, Polanyi nos dice que el fascismo arremete contra todas las instituciones del liberalismo político de la tradición republicana, pero a su vez deja plenamente operativa y vigente la estructura productiva del capitalismo y las relaciones de propiedad a él inherentes. “El fascismo es esa forma de solución revolucionaria que mantiene al capitalismo intacto” (Polanyi, [1934] 2012: 233). Y lo deja tan intacto que, en efecto, los hombres quedan enteramente reducidos a su más estricta dimensión económico-técnica, sobre la cual han perdido todo poder de intervención política y regulación democrática. “Según el orden estructural del fascismo, los seres humanos son considerados como productores y sólo como productores” (Polanyi [1935] 2012: 228). Las relaciones capitalistas, en suma, quedaban protegidas *manu militari*.

Es evidente que los *fascios* italianos fueron, entre 1918 y 1922, muy tolerados por los gobiernos liberales mientras con total impunidad asaltaban sedes sindicales, agredían a huelguistas, destrozaban ateneos populares, arrasaban locales de prensa socialistas y anarquistas y desarticulaban, en suma, todo el tejido institucional y político que el movimiento obrero había ido trabando durante años. En un discurso dado en Udine en Agosto de 1922, Mussolini no podía ser más explícito:

“Queremos despojar al Estado de todos sus atributos económicos. Basta de Estado ferroviario, basta de Estado cartero, de Estado asegurador. Basta de Estado trabajando a expensas de todos los contribuyentes y agotando las finanzas de Italia. Le queda la policía, la educación de las nuevas generaciones, el ejército que debe garantizar la inviolabilidad de la patria, y le queda la política exterior” (Tasca [1938] 1969: 280).

El Estado proyectado por el *duce* es abiertamente liberal en lo económico, pues sólo

ha de cumplir las funciones de seguridad policial y defensa militar, absteniéndose de intervenir en la vida industrial o de asumir prerrogativas económicas; y al mismo tiempo, en el programa fascista las libertades políticas republicanas han de ser completamente aniquiladas.

El fascismo acabó dándole la razón a Engels, pues finalmente aquella burguesía no tuvo más remedio que perpetuar su dominio haciendo saltar por los aires la legalidad democrática y constitucional. Las pretensiones del fascismo, en efecto, y a pesar de la retórica antiburguesa y anticapitalista que abundaba en algunos de sus manifiestos, en modo alguno habían sido dirigidas hacia la construcción de una sociedad post-capitalista. "Estamos irreparablemente separados de todas las sectas socialistas, porque rechazamos todo internacionalismo, sea el que sea, toda intervención del Estado en la vida económica, sea la que sea" (Tasca [1938] 1969: 284). Mussolini, no en documentos internos, sino en el *Il Popolo d'Italia*, lo proclamaba con rotunda claridad: "En materia económica somos liberales en el sentido clásico de la palabra" (*Op. Cit.*: 186). Resulta palmario que, a lo largo de todo aquel período, los liberales italianos no condenaran ni una sola vez el terrorismo de los *fascios*, y los órganos intelectuales y publicitarios de la gran industria de la Italia septentrional reproducían una y otra vez la visión de los fascistas, cuando éstos argüían que sólo imponían el orden respondiendo a las "provocaciones rojas" (Domènech, 2004: 265).

Es cierto, no obstante, que puede argumentarse con Nolte que el fascismo no ha sido únicamente un "puro antimarxismo" (Nolte [1968], 1971: 29), ya que las líneas de separación política no coinciden plenamente con la estructura económica de clases, lo cual se traduce en un complejo campo político dentro del cual hay sectores importantes de la burguesía que permanecen en una posición antifascista y algunas capas de la clase trabajadora que ingresan briosamente en el movimiento. "Con respecto a la burguesía, el fascismo se hallaba en la singular relación de una identidad no idéntica. Quiso ser el campeón de la principal intención burguesa: la lucha contra el intento revolucionario marxista frente a la sociedad burguesa en su totalidad. Pero emprendió esa lucha con métodos y fuerzas que eran extrañas a las tradiciones intelectuales y vitales burguesas" (*Op. Cit.*: 81). El movimiento fascista se componía de elementos que históricamente no formaban parte del acervo político e intelectual burgués, ciertamente, y las nuevas mitologías políticas de tendencia irracionalista y furibundo nacionalismo violento fueron paulatinamente desplazando, dentro del universo ideológico europeo, al positivismo burgués. Pero no puede ponerse en duda, empero, que la intensidad de este nuevo movimiento fue una munición inestimable que los dueños del poder económico, en un contexto de intensificación de la lucha de clases, lanzaron contra las poderosas organizaciones obreras. "Todos estos caracteres no son italianos, sino completamente comunes a Europa. Con la expansión del sistema liberal, su crisis también había alcanzado hasta las fronteras de Europa: ligas militarizadas de voluntarios, de orientación antibolchevique, se dieron casi en todas partes" (*Op. Cit.*: 83).

No hay que olvidar tampoco, en ese sentido, que el discurso de Hitler en el Club Industrial de Düsseldorf, en 1932, y al que Polanyi hacía referencia, se produce ante la flor y nata de los grandes capitanes de industria y ante los miembros más destacados del gran capital financiero, muchos de los cuales sufragaron el movimiento. Lo que allí Hitler les dice es que sin ellos ya no habría burguesía en Alemania, pues el bolchevismo habría acabado con ella hacía tiempo (Polanyi [1933b] 2010). Y si esa gran burguesía



había de pervivir el país habría de ingresar en una nueva etapa de férrea disciplina que era, antes que nada, disciplinamiento de la clase obrera institucionalizada y organizada, como señalaba Arthur Rosenberg: "Los amos de la industria pesada alemana y los grandes capitalistas [...] fueron grandes promotores de la idea nacionalista desde el primer momento, pues veían en ella un medio para destruir los odiados sindicatos y, sobre todo, la influencia popular de los socialistas" (Rosenberg, [1934] 1972: 133). Las grandes dinastías industriales de Alemania conservaron impolutas sus relaciones de dominio económico, y la aniquilación por parte del régimen nazi de toda organización obrera independiente no podía sino engrasar a la perfección dicho dominio (Neumann, [1942] 1983). Hablar de "socialismo nazi" implica la utilización de una mera fórmula efectista y demagógica que mistifica la verdadera naturaleza nacionalista-imperialista de un régimen que en ningún momento programó alterar las relaciones de producción capitalistas (Collotti [1962] 1972).

El historiador Jacques R. Pauwels muestra el enorme interés que muchos magnates industriales norteamericanos tenían en el proyecto nacionalsocialista, toda vez que muchas de sus filiales en Alemania estaban viendo quintuplicados sus beneficios durante el Tercer Reich. Algunos incluso profesaban una admiración explícita hacia Hitler, pues la economía alemana, gracias a él, se encontraba libre de interferencias sindicales y de normas jurídicas protectoras del derecho laboral, lo cual generaba unas condiciones muy favorables para las inversiones industriales en suelo alemán. Porque, a pesar de una cierta fraseología revolucionaria presente en el primer programa nacionalsocialista, adornada con imágenes retóricas anticapitalistas, el fascismo era en realidad muy bueno para el mundo de los negocios. "Durante el Tercer Reich y con el vacío político y sindical creado, los trabajadores eran poco más que siervos sin derechos laborales, a los que se prohibía ir a la huelga o cambiarse de trabajo y a los que se mantenía el salario deliberadamente bajo" (Pauwels, [2000] 2002: 37). Un contexto así era estructuralmente óptimo para las rentas del capital. Y era óptimo, precisamente, por lo que acierta en señalar Pauwels, esto es, por el "vacío político y sindical" generado por el nuevo régimen.

Un liberal de la talla de Walter Lippmann lo decía explícitamente: "Las huelgas y los paros se suprimen sin misericordia, como actos de traición a la seguridad del Estado" (Lippmann, [1937] 1940: 74). Pero tal vez suponga un reduccionismo extremo, propio de la Tercera Internacional, aseverar que el fascismo fue nada más que "una dictadura terrorista del gran capital" (Gentile, [2002] 2004: 54), y no se ha de olvidar que este complejo movimiento político posee una especificidad propia que no lo convierte en una derivación ineludible de la propia estructura capitalista, pues su génesis histórica es parcialmente exógena (sólo parcialmente) con respecto a dicha estructura. Pero, evidentemente, al ascenso del fascismo, apenas controlado en su dirección e intensidad por las clases capitalistas, supuso un revulsivo histórico para éstas en su afán de contrarrestar los avances políticos de la clase obrera organizada. Y ello a pesar de la desconfianza inicial, como observaba Sweezy:

"La actitud de los capitalistas hacia el fascismo es al comienzo de reserva y recelo, desconfían de él sobre todo por sus ataques desaforados al capital financiero. Pero a medida que el movimiento se extiende y gana el apoyo popular, la actitud de los capitalistas sufre una transformación gradual. Su propia posición es difícil, cogidos como están entre las demandas de la clase obrera organizada y el «cerco» de potencias capitalistas rivales. Ordinariamente, en tales circunstancias, la clase capitalista haría uso del poder del Estado para someter a los obreros y mejorar su propia situación internacional,

pero ahora este camino está cerrado para ella. El Estado es débil y los obreros participan en su control. Por consecuencia, el fascismo, una vez que demostró su derecho a ser tomado en serio, pasa a ser considerado como un aliado potencialmente valioso contra los dos peores enemigos de los capitalistas, los obreros de su propio país y los capitalistas de los países extranjeros” (Sweezy, [1942] 1945: 365).

Esa alianza oportunista y táctica será el único medio que el gran capital hallará para desbloquear su esclerosis, el único método radical con el que podrá activar de nuevo su autoexpansión. Debido precisamente a esa fuerte influencia y relativo control del Estado por parte de la clase obrera, los grandes capitalistas hallaban enormes resistencias y obstáculos para embarcar a la nación en nuevas aventuras imperiales, amén de la fuerte legislación anticapitalista que encontraba en el interior. El enemigo a batir estaba bien localizado, como señala Gentile: “El fascismo se colocó inmediatamente a la cabeza de las reacciones burguesas antiproletarias, con sus brigadas armadas, organizadas militarmente (*squadristo*), que en pocos meses destruyeron gran parte de las organizaciones proletarias” (Gentile, [2002] 2004: 29). La ofensiva anti-proletaria en defensa de la nación y de la propiedad acreditó al fascismo como baluarte protector de la gran burguesía e incluso de buena parte de las clases medias y la pequeña burguesía.

“Valiéndose de los instrumentos del terror, la censura y la propaganda, los caudillos fascistas inculcaron en las masas la doctrina de que sus verdaderos enemigos no eran las clases privilegiadas de casa, sino las naciones privilegiadas del exterior. La transición de la psicología de la guerra de clases a la guerra nacionalista, es muy fácil” (Lippmann, [1937] 1940:163).

La guerra de clases, en ese contexto, se desvía hacia una exaltación de la tensión nacional volcada hacia la exterioridad de una guerra imperial. El nacionalismo y el militarismo, “hermanos siameses” (Sweezy, [1942] 1945: 338), sufren una metamorfosis en las sociedades avanzadas para reubicarse dentro de la nueva matriz geopolítica de las luchas imperiales de las naciones industriales. De ello se deduce, ciertamente, que adquieren un nuevo carácter, pero siempre teniendo en cuenta que el nacionalismo no puede comprenderse como una mera invención pragmática y estratégica de las clases capitalistas, ya que la idea de nación permeaba amplias capas de la población ya desde la emergencia misma de las sociedades modernas. Puede decirse que los dueños del capital supieron insuflar una cierta intensidad y una cierta dirección a los exaltados sentimientos nacionales de buena parte de las masas, con el objeto de aplacar la conflictividad social proveniente de los antagonismos de clase. Y lo que sí es cierto, al llegar a esta fase, es que el poder de la legislatura (*Gesetzgebung*) va decreciendo constantemente frente a un incremento notable y sustancial del poder ejecutivo (*Verwaltung*), algo que no podía sino entusiasmar a los directores de la economía capitalista:

“Con el estrechamiento de las filas de clase y la creciente agudeza del conflicto social, el parlamento se convierte cada vez más en un campo de batalla de los partidos antagónicos, que representan intereses divergentes de clase y de grupo. Mientras que por una parte declina la capacidad del parlamento para realizar actos positivos, por otra aparece la creciente necesidad de un fuerte estado centralizado [...] En tales circunstancias, el parlamento es obligado a abandonar una tras otra sus apreciadas prerrogativas y a ver cómo se forja bajo sus propias narices la autoridad centralizada y no controlada contra la cual, en su juventud, había luchado tan ruda y felizmente” (Sweezy, [1942] 1945: 350).

Cuando el parlamentarismo y, en general, el orden constitucional, empezaron a constituir una rémora para los intereses de los dueños de la economía privada, no hubo piedad a la hora de dinamitarlos.

### **3. Economía de libre mercado y democracia: una tensión antagónica**

Otto Bauer, gran exponente del austromarxismo y cabeza de la socialdemocracia austriaca (llegó a ser por un breve lapso de tiempo Ministro de Asuntos Exteriores de la recién nacida República de Austria) advertía que el fascismo vence en una coyuntura histórica en la que el proletariado está ya debilitado y a la defensiva, aunque su propaganda diga que las escuadras fascistas están ahí para defender a la nación del bolchevismo y su inminente revolución (Bauer, [1934] 1972). Lo que ocurre en realidad es que la clase capitalista y los grandes terratenientes ceden el poder a los cuadros fascistas para destruir las conquistas sociales de la clase trabajadora y aniquilar a los sindicatos y a todas las organizaciones políticas obreras.

“En la democracia burguesa domina la clase capitalista, pero bajo la constante presión de la clase obrera, a la que una y otra vez ha de hacer concesiones. La continua lucha del socialismo reformista y de los sindicatos por salarios más elevados, reducción de la jornada de trabajo, e implantación de una legislación y administración de seguridad social, durante las épocas de auge capitalista no constituye, naturalmente, ningún peligro para el capitalismo; al contrario, contribuye a darle un nivel técnico, social y cultural más elevado. En cambio, durante las graves crisis económicas que sucedieron a la guerra mundial, las conquistas del socialismo reformista le parecían a la clase capitalista otros tantos obstáculos a la marcha «normal», es decir, determinada únicamente por las variaciones de la tasa de beneficio, de los procesos de producción y circulación. Su criterio es negar toda concesión ulterior y revocar las ya hechas a la clase obrera. Esto lo impiden las instituciones democráticas; en consecuencia, decide combatirlas” (Bauer, [1934] 1972: 162).

La clase capitalista, viene a decir Bauer, tolera a regañadientes las conquistas democráticas del socialismo mientras su tasa de beneficio se mantiene estable. Ahora bien, una crisis en el crecimiento de dicha tasa empieza a transmutar esa relativa tolerancia en encono antisocial y antidemocrático, ya que las conquistas democráticas de la clase obrera emergen entonces como intolerables escollos que obstaculizan el “normal” desarrollo del proceso de acumulación y valorización del capital. Y es entonces cuando la burguesía se echa en manos del fascismo.

Explicar el fascismo apelando a una presunta agresividad enraizada en la naturaleza humana, como señalaría Ernest Mandel ([1969] 2011), es una tentativa explicativa absolutamente débil, puesto que la agresividad humana se ha manifestado en múltiples e innumerables movimientos históricos enormemente distintos entre sí. Pero la violencia política específicamente fascista está íntimamente vinculada con el desarrollo del capital monopolista. “Nunca se preguntan la cuestión fundamental: ¿el régimen fascista, niega o verifica las leyes inmanentes que rigen el desarrollo del modo de producción capitalista?” (Mandel, [1969] 2011: 21). Y la respuesta parece tener que ver no ya con una mera crisis clásica de superproducción, sino con una crisis estructural de hondo calado.

“El auge del fascismo es la expresión de una grave crisis social del capitalismo maduro [...] Se trata, fundamentalmente, de una crisis de reproducción del capital, es decir, de la imposibilidad de proseguir una acumulación «natural» de capital [...] La función histórica de la toma del poder por los fascistas consiste en modificar por la fuerza y la violencia las condiciones de reproducción del capital en favor de los grupos decisivos del capital monopolista” (Mandel, [1969] 2011: 34).

En semejante contexto el objetivo de la burguesía es renunciar al control político democrático para configurar una centralización ejecutiva y autoritaria que blinde, en definitiva, sus intereses económicos y destruya implacablemente todas las conquistas de derecho social y democracia popular obtenidas por el movimiento obrero, y todo ello

a través de una enorme movilización de masas que acabe diezmando y desmoralizando (y aniquilando físicamente) a la sección más consciente y organizada de la clase trabajadora.

El mismísimo Ludwig von Mises, uno de los grandes contrincantes teóricos y políticos de Polanyi, en su trabajo *Liberalismus*, de 1927, anunciaba que el fascismo había supuesto un dique de contención necesario y valioso para frenar el avance del socialismo:

“Pero la verdad es que, en el fondo, lo que atrae a los seguidores, declarados y encubiertos, del fascio es su voluntad firme de recurrir a la violencia, espíritu del que, por lo visto, los liberales carecen [...] Pensamiento incorrecto. No cabe contrarrestar el asalto más que contraatacando con no menor energía. Frente a las armas comunistas, armas todavía más poderosas debemos utilizar” (Mises, [1927] 1977: 69).

Mises asevera de manera explícita que el fascismo es un “mal menor” y una “solución de emergencia” que puede utilizarse para defender la civilización de las arremetidas del bolchevismo, y no duda de que el fascio puede y deber ser un aliado táctico y estratégico de la civilización liberal.

“El fascismo atrae a gentes horrorizadas por las infamias comunistas [...] El fascismo combate al marxismo prohibiendo la difusión del ideario y aniquilando a quienes lo propagan. Pero eso es inefectivo; si, de verdad, en tal pugna, se quiere vencer, no hay más remedio que recurrir al mundo de las ideas; y, en tal terreno –notémoslo bien– sólo hay una filosofía que pueda eficazmente desarticular el pensamiento marxista: la teoría del liberalismo” (Mises, [1927] 1977:70).

Doctrina económica liberal y terror fascista convergían en una simbiosis evidente:

“El actual triunfo fascista en ciertos países es tan sólo un episodio, un episodio más de la larga lucha en torno al derecho de propiedad [...] Admitamos que los dictadores fascistas rebosan de buenas intenciones y que su acceso al poder ha salvado, de momento, la civilización europea. La historia no les regateará tales méritos” (Mises, [1927] 1977: 70).

Lo que podemos comprobar es que la estructura jurídica del Estado de Derecho se convierte en un obstáculo para el crecimiento de la tasa de beneficio, precisamente porque dicha estructura ha permitido aquilatar derechos sociales que ralentizan el libre despliegue del capital. “Sometida a las limitaciones de la ordenación jurídica democrática, [la burguesía] no tiene fuerza suficiente para someter al proletariado con medios legales, por medio de su aparato estatal legal. Pero tiene fuerza suficiente para formar y equipar un ejército privado irregular, ilegal, y lanzarlo contra la clase obrera” (Bauer, [1934] 1972: 163). En un momento dado las estructuras democráticas, en tanto que posibilitadoras y sustentadoras de legislación social, suponen una camisa de fuerza para los dueños del capital, y tratan de zafarse de ella.

Hemos de recordar que ya el propio Engels en el prólogo de 1895 a *Las luchas de clases en Francia* y del que, por cierto, Bernstein quiso extraer todas sus consecuencias (Bernstein [1898] 1990), advertía que la extensión del sufragio universal implicaba una herramienta poderosísima de cara a potenciar la musculatura del movimiento obrero socialista. Es verdad que Engels no se hacía vanas ilusiones estratégicas, y concedía que la táctica violenta e insurreccional habría de seguir cumpliendo un papel muy importante en determinadas situaciones. Pero entendía, no obstante, que la clase obrera organizada, ocupando de una manera cada vez más intensa la institucionalidad democrática, podría llegar a doblegar al enemigo de clase con mayor eficacia.

Las clases propietarias, en efecto, desbordadas en el interior de su propia legalidad, habrían de convertirse en las enemigas de un aparato institucional que ellas mismas habían venido dominando hasta entonces. Decía Engels:

“La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los «revolucionarios», los «elementos» subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión [...] Y si nosotros no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero, para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos” (Marx, [1891] 1979:24).

El proletariado disputaría a la burguesía cada puesto de la representación municipal y estatal, y la masa podría ejercer su fuerza de choque a través de un éxito electoral apabullante, más incluso que con la pólvora y la barricada organizada y dirigida por una minoría consciente de vanguardia. Pero este creciente asalto por parte de la clase obrera a la legalidad de las instituciones republicanas, asalto democrático, habría de ser abortado sangrientamente años después con la intervención del movimiento fascista, precisamente cuando la burguesía empezaba a perder posiciones y a quedar democráticamente arrinconada. El fascismo acabó dándole la razón a Engels y la burguesía, a la postre, no tuvo más remedio que perpetuar su dominio haciendo saltar por los aires la legalidad democrática y constitucional.

En ese sentido, resulta muy interesante comprobar cómo el capitalismo es internamente incompatible con la democracia, según el propio criterio de Bauer. Y lo es no ya por la imposibilidad de que una fuerza social mayoritaria pretenda aniquilar o reestructurar desde el Parlamento las relaciones de propiedad existentes, sino que más modestamente, y dejando dichas relaciones intactas, porque la simple configuración parlamentaria de regulaciones restrictivas al poder del capital supone ya un obstáculo intolerable para las clases dominantes; tan intolerable que están dispuestas a pulverizar el orden constitucional y el Estado de Derecho y a incendiar el parlamento y el poder legislativo. Y es por ello que el fascismo viene, en ese contexto, a liberar al capital de todo obstáculo interpuesto, legislativamente, por la clase obrera. “Pero, aunque capitalistas y grandes terratenientes conserven su dominación de clase también bajo la dictadura fascista, lo que se pierde con el establecimiento de ésta son las inhibiciones, los frenos con que la democracia burguesa limitaba esa dominación de clase” (Bauer, [1934] 1972: 165). El dominio del capital sobre el trabajo, en el régimen fascista, ya no tendrá necesidad ni de pasar por el trámite parlamentario:

“Aunque el verdadero poder [dentro de un régimen democrático liberal] fuese patrimonio de la burguesía, existía la limitación representada por el peso de las masas de electores proletarios y la fuerza de las organizaciones proletarias. El fascismo destruye todos los derechos de libertad individual, anula la libertad de las elecciones y destruye las organizaciones proletarias; con ello, la clase proletaria es privada totalmente de sus derechos y poderes [...] La contrarrevolución, por consiguiente, representa el paso de la dominación de clase de toda la burguesía, limitada por las instituciones democráticas, a la dominación ilimitada de la clase de los grandes capitalistas y terratenientes” (Bauer, [1934] 1972:166).

El propio Bauer, tras el fracaso de la insurrección obrera de Viena, la misma Viena de la que ya había huido Polanyi y sobre la que planeaba la embestida inminente de las fuerzas fascistas, hubo de comprobar dramáticamente y en primera persona sus propias tesis.

#### **4. Democracia y orden liberal**

Frente a todas las fatídicas admoniciones de la tradición liberal que insistían una y otra vez en la intocable beatitud de la “libertad económica”, madre al parecer de todas las libertades humanas imaginables (Jewkes, [1948] 1950), insistía Karl Polanyi en su re-

clamo de que la vida social había de volver a restituirse y a tomar el control frente a los poderes independizados, liberados y anómicos de un sistema de mercado que a punto estuvo de determinar de manera absoluta, esto es, de fagocitar de manera totalizadora, todos los lazos que componían la comunidad humana. "Hoy debemos afrontar la tarea fundamental de restituir la plenitud de la vida de la persona, aunque esto signifique una sociedad menos eficiente desde el punto de vista tecnológico" (Polanyi, [1947] 1994: 251). La lógica del mercado, con sus componentes productivistas y sus criterios maximizadores, había de ser intervenida, aunque ello supusiera quebrar la dinámica expansiva del aparato tecno-mercantil. Una nueva institucionalización de lo económico podría y debería acarrear la implantación de un cuerpo normativo en el que los criterios de eficiencia social no estuvieran ya vinculados al objetivo absoluto de la máxima ganancia. Todo lo cual implicaba, desde luego, arrancar el control de la vida económica a los dueños privados del capital para, de algún modo, entregar dicho control a una instancia política democratizadora.

Resulta muy pertinente, dentro del contexto polémico que aquí estamos tratando de esbozar, mencionar las tesis de Friedrich Hayek, el gran discípulo de Mises, cuando el austriaco reflexiona sobre las relaciones entre liberalismo y democracia política, y precisamente porque en su dilucidación en absoluto quedan identificados: "El liberalismo es, pues, incompatible con una democracia ilimitada" (Hayek [1966] 2010: 91). Tan categórica afirmación es crucial; en efecto, la democracia, aunque sea parlamentaria, garantista y constitucional, aunque respete la división de poderes y la producción de normas esté sujeta a normas, aunque cumpla todos esos requisitos, puede degenerar en tiranía y esclavitud en el preciso momento en el que se decida intervenir en la libertad económica, esto es, en el momento mismo en el que se legisle para corregir o rectificar algún resultado producido por la "espontaneidad de mercado".

Para ilustrar lo anterior, Hayek pone un ejemplo de vulneración del orden liberal a manos de la «democracia ilimitada», como él la denomina.

"Más dudosa aún es la compatibilidad de la concepción liberal de la igualdad con otra medida que sin embargo obtuvo un amplio apoyo en los círculos liberales. Se trata del impuesto progresivo sobre la renta como medio para alcanzar una redistribución de la renta a favor de las clases más pobres" (Hayek, [1966] 2010: 90).

El hecho de que un liberalismo consecuente llevado hasta sus últimas consecuencias no pueda ni deba permitir ni siquiera una intervención política de corte fiscal en la distribución de la renta lleva a Hayek a recelar abiertamente de la compatibilidad de un verdadero orden liberal con la democracia; y más cuando esta democracia se expande más allá de su función limitada y reducida para entroncarse en elementos de fuerte participación popular. Es lo que Walter Lippmann, escritor liberal bien conocido por Polanyi, denominaba "evolución enfermiza" de una democracia que, si era radical y jacobina, no podía constituirse en conciliación con un Estado liberal (Lippmann [1955] 1956: 80). El liberalismo llevado al extremo emerge aquí como una figura eminentemente demofóbica, pues un liberal coherente quiere hacer prevalecer la libertad económica contra cualquier forma de poder, aunque éste sea un poder democrático y popular.

Creemos que Polanyi es una figura irrenunciable a la hora de desactivar todo el armazón de las identificaciones construidas por los doctrinarios liberales, que hacen coincidir de manera necesaria y natural democracia política y liberalismo económico, como si aquélla fuera consustancial a éste. En ese sentido, Polanyi engarza bien con el pen-

samiento posterior de Bobbio: "Un Estado liberal no es por fuerza democrático: más aún, históricamente se realiza en sociedades en las cuales la participación en el gobierno está muy restringida, limitada a las clases pudientes. Un gobierno democrático no genera forzosamente un Estado liberal" (Bobbio [1985] 1989: 7). Es evidente que los avances en la extensión del sufragio universal y los procesos de empoderamiento popular fueron cuajando y articulándose en una restricción de los ámbitos de la libertad económica, siendo así que, y en eso tenía razón Hayek, el avance de la democratización social puede mermar la estabilidad y la consistencia de un Estado liberal. Por ello, el contraste entre los avances democratizadores y el liberalismo económico nunca fue más agudo que en la segunda mitad del siglo XIX, y lo siguió siendo aún con mayor intensidad durante el XX.

Los análisis históricos polanyianos muestran que la economía de libre mercado hubo de precisar, en el pasado para su emergencia y en el presente para su supervivencia, fuertes dosis de intervención gubernamental y violencia estatal (Polanyi, [1944] 2003). Porque, como bien señalara Franz Neumann, un autor que siempre ocupó un lugar periférico en el conocimiento e interpretación de la Escuela de Frankfurt, el liberalismo económico siempre fue, desde sus mismos orígenes, compatible con diversas formas históricas de teoría y práctica política, incluidas las del absolutismo (piensa en Hobbes) y el autoritarismo (piensa en Pareto). "Liberalismo económico y liberalismo político no son gemelos" (Neumann, [1951] 1968: 241).

Polanyi sostiene que no debe confundirse, por lo tanto, la mera libertad empresarial o comercial con la libertad personal. Y, de la misma manera, entiende que es imprescindible y perentorio ponerle límite y control a la economía de empresa privada para que la gente común pueda obtener determinadas libertades fundamentales, pues éstas últimas no emanan naturalmente de la economía de libre mercado. Polanyi tiene muy claro que las condiciones de la libertad pueden emerger allí donde una institucionalidad regula e interviene en el proceso económico, esto es, allí donde una economía en sentido substantivo es organizada con arreglo a criterios democráticos y participativos que tengan por objetivo primordial la integración social de las gentes comunes, destruyendo la tiranía del sistema de mercado y no acatando como inexorable e inmodificable la legalidad económica de dicho sistema (Polanyi, [1944] 2003). Karl Mannheim, que también incidió en el fracaso de la civilización basada en el *laissez-faire*, un hundimiento que terminó con una transición hacia una nueva era dominada por distintas formas de planificación, comprendía que ésta podía adquirir formulaciones autoritarias y dictatoriales, pero insistía en no renunciar por principio a una planificación de tipo democrático. Era viable y posible una "planificación para la libertad" (Mannheim, [1943] 1966: 15), un sintagma que para la tradición del liberalismo económico no podía sino constituir un oxímoron.

También para Polanyi democratizar la organización industrial y dignificar la vida laboral implica contravenir (regular, modular, reglamentar) la libertad del mercado. Es decir, para promover y proteger la libertad material de las mayorías sociales era preciso, no cabe duda, desvirtuar la libertad económica del sistema de mercado, interviniéndola o incluso subvirtiéndola si fuera preciso. El fascismo, en ese sentido, abortó todo proyecto de democratización económica.

En un trabajo de 1934 que lleva por título *Fascism and Marxian Terminology*, Polanyi arremete contra esa concepción que concibe la democracia nada más que como un epi-

fenómeno burgués destinado a encubrir y mistificar la dominación de clase. Pero ojo, parece que Polanyi tiene claro que tal concepción es manejada por los vulgarizadores de la escolástica marxista y no por el propio Marx.

“En la sociología seudomarxista, la democracia se define como la superestructura política apropiada del capitalismo. Conforme a esta definición, el sufragio universal y las instituciones representativas en las que se basa son los corolarios del sistema económico capitalista. Los gobiernos democráticos, afirman los marxistas de viejo estilo, son entonces nada más que el consejo ejecutivo de los capitalistas en cuanto clase social. Es evidente que usar el término «democracia» de esta manera significa otro escollo para comprender el fenómeno del fascismo” (Polanyi [1934] 2012: 232).

Resulta decisivo comprender, nos dice Polanyi, que si la democracia no hubiera sido nada más que eso, a saber, nada más que la perfecta superestructura del sistema capitalista, si tal tesis fuese correcta, el fenómeno del fascismo quedaría enteramente inexplicado. En efecto, es la tesis diametralmente opuesta la que nos permite convertir en inteligible el fenómeno histórico del fascismo.

“Por la sencilla razón de que el fascismo no es sino el resultado de la mutua incompatibilidad entre la democracia y el capitalismo en nuestros tiempos [...] Si la democracia fuese verdaderamente la superestructura política apropiada para el capitalismo, nunca hubiera existido el fascismo [...] en una sociedad plenamente desarrollada es inevitable que aparezca un estancamiento funcional entre la política y la economía; la democracia pasa a ser un instrumento utilizado por la clase obrera para influir o ejercer presión, en tanto el capitalismo sigue siendo lo que era: el ámbito de la producción administrado bajo la exclusiva responsabilidad de los capitalistas. Esta incompatibilidad no consiste sólo en el hecho de que rijan principios opuestos en una y otra esfera. Las contradicciones ideológicas nunca tienen demasiada importancia, a menos que afecten una parte vital de la realidad social misma. Pero es precisamente la realidad social la que se encuentra afectada en grado sumo por esta contradicción. La gran mayoría de la población, dominada en el ámbito económico por los propietarios, se ha convertido ahora, real o potencialmente, en el factor decisivo de la política. Mas la clase constituida por los empleados sólo puede defenderse de los nefastos efectos producidos por las vicisitudes de la industria en su vida personal interfiriendo políticamente en todas las leyes automáticas que gobiernan los mercados capitalistas” (Polanyi [1934] 2012: 232).

Parece evidente que Polanyi subraya una tensión conflictiva ineludible entre democracia y sistema de mercado autorregulado; en efecto, cuando éste último amplía irrestrictamente su extensión se producen fenómenos parejos de desdemocratización e, inversamente, cuando las clases populares y trabajadoras hacen valer su capacidad de controlar y determinar el poder político se establecen fuertes inhibiciones institucionales y correctores legislativos al libre despliegue del sistema de libre mercado (De Castro y Pedreño, 2012). Y ha de notarse que Polanyi entendía que el “virus antidemocrático”, lejos de ser una pura novedad del fascismo de los años treinta, se había desarrollado de una manera más o menos latente al compás mismo de la sociedad industrial, en todas las fases de desarrollo de ésta (Polanyi, [1940] 2005: 278); esa pugna entre la institucionalidad democrática y la economía de mercado había atravesado diversas etapas, desde la época de los economistas clásicos, pasando por los grandes teóricos vieneses, y llegando incluso, tras la muerte de Karl Polanyi, a la gran contrarrevolución neoliberal de los años setenta del siglo XX (Valderrama, 2013).

El fascismo, por lo tanto, ante la irremediable y galopante crisis de la civilización liberal implantó a sangre y fuego una forma de poder autoritario que pulverizó todas las instituciones y cristalizaciones históricas del republicanismo político, incluidas formidables conquistas en el plano de la legislación social y el derecho laboral. En *The Essence of Fascism* Polanyi lo afirmaba con mucha rotundidad:



“En Europa central, si es que no en toda Europa, el sufragio universal incrementó en buena medida el impacto de la clase trabajadora industrial en la legislación económica y social y, cuando surgía una crisis de envergadura, los parlamentos elegidos por el voto popular tendían, invariablemente, a recurrir a soluciones socialistas. El ininterrumpido progreso del movimiento socialista, una vez que se permite la vigencia de la democracia representativa, constituye la experiencia histórica dominante del continente durante el período de la posguerra. De ahí emana el convencimiento de que el socialismo debe llegar con sólo dejar intacta la autoridad de las instituciones representativas. Por consiguiente, si el socialismo no debe ocurrir, la democracia debe desaparecer. Tal es la *raison d'être* de los movimientos fascistas” (Polanyi [1935] 2012: 209).

Y es por ello que Polanyi considera la existencia de una suerte de “perversión de las funciones”, reflejo vivo de un antagonismo irreductible, en el sentido de que los dueños del capital y de la gran industria intentan revertir, desnaturalizar o directamente inutilizar todos los mecanismos democráticos de intervención política en la economía; mientras que, por el contrario, los desposeídos intentan utilizar el poder político democrático para intervenir, regular o reglamentar los automatismos de la vida económica.

“La interferencia política en la economía y la interferencia económica en la política se han convertido en la norma. Los propietarios intentan debilitar, desacreditar y desorganizar el aparato político de la democracia por todos los medios a su disposición, sin tomar mínimamente en cuenta los gravísimos peligros que amenazan a la comunidad en su conjunto cuando se paralizan las funciones reguladoras y legislativas de la democracia. El Parlamento, consciente o inconscientemente, debilita, desacredita y desorganiza la maquinaria económica del capitalismo cuando trata de impedir que su mecanismo autorregulador reinicie el ciclo de producción a costa del sacrificio de incontables vidas humanas” (Polanyi [1934] 2012: 233).

Polanyi, partiendo de la tesis que enuncia la radical incompatibilidad entre capitalismo y democracia, intenta comprender la intervención histórica del fascismo en el ocaso de la civilización liberal. Pero, entiéndase bien, el polanyiano es un análisis perfectamente pertinente para comprender el devenir de las sociedades europeas contemporáneas, en la segunda década del siglo XXI. Y este análisis es, a su vez, una advertencia política.

## 5. Bibliografía

ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max. [1944] 2004. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.

BAUER, Otto. [1934] 1972. “El fascismo”. Pp. 150-175, en *Fascismo y capitalismo: teorías sobre los orígenes sociales y la función del fascismo*, editado por O. Bauer, H. Marcuse, W. Abendroth, A. Rosenberg. Barcelona: Martínez Roca.

BERNSTEIN, Eduard. [1898] 1990. *Socialismo democrático*, Madrid, Tecnos.

BISHOP, Jordan. 1993. “Karl Polanyi and Christian Socialism: Unlikely Identities”. Pp. 162-178, en *Humanity, Society and Commitment: on Karl Polanyi*, editado por K. McRobbie. Montréal: Black Rose Books.

BOBBIO, Norberto. [1985] 1980. *Liberalismo y democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.

CANGIANI, Michele. 1998. *Economia e democrazia. Saggio su Karl Polanyi*. Padua: Il Poligrafo.

CANGIANI, Michele. 2000. “The Continuing Crisis of Democracy”. Pp. 32-46, en *Karl Polanyi in Vienna. The contemporary significance of 'The Great Transformation'*, editado por K. McRobbie y K. Polanyi-Levitt. Montréal, Black Rose Books.

- COLE, George Douglas Howard. 1917. *Self-Government in Industry*. London: G. Bell and Sons.
- COLE, George Douglas Howard. 1920. *Guild Socialism Restated*. London: Leonard Parsons.
- COLE, George Douglas Howard. [1960] 1963. *Historia del pensamiento socialista VII. Socialismo y Fascismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- COLLOTTI, Enzo. [1962] 1972. *La Alemania nazi. Desde la República de Weimar hasta la caída del Reich hitleriano*. Madrid: Alianza.
- DALE, Gareth. 2010. *Karl Polanyi: the limits of the market*. Cambridge: Polity.
- DE CASTRO, Carlos y Andrés PEDREÑO. 2012. "El péndulo de Polanyi: de la desdemocratización a la resistencia social", *Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 31: 9-24.
- DOMÈNECH, Antoni. 2004. *El eclipse de la fraternidad*. Barcelona: Crítica.
- GENTILE, Emilio [2002] 2004. *Fascismo. Historia e interpretación*. Madrid: Alianza.
- HARVEY, David. [2005] 2007. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- HAYEK, Friedrich August von. [1966] 2010. *Principios de un orden social liberal*. Madrid: Unión Editorial.
- JEWKES, John. [1948] 1950. *Juicio de la planificación*. México: Aguilar.
- LIPPMANN, Walter. [1937] 1940. *Retorno a la libertad*. México: UTEHA.
- LIPPMANN, Walter. [1955] 1956. *La crisis de la democracia occidental*. Barcelona: Editorial Hispano Europea.
- MANDEL, Ernest. [1969] 2011. *El fascismo*. Madrid: Akal.
- MANNHEIM, Karl. [1943] 1966. *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México y Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MARX, Karl. [1891] 1979. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Moscú: Progreso.
- MAUCOURANT, Jérôme. 2006. *Descubrir a Polanyi*. Barcelona: Bellaterra.
- MENDELL, Marguerite. 1990 "Karl Polanyi and Feasible Socialism". Pp. 66-77, en *The Life and Work of Karl Polanyi*, editado por K. Polanyi-Levitt. Montréal y New York: Black Rose Books.
- MISES, Ludwig von. [1927] 1977. *Liberalismo*. Madrid: Unión Editorial.
- MOSSE, George. 2005. *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerra Napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid: Marcial Pons Historia.
- NEUMANN, Franz. [1942] 1983. *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- NEUMANN, Franz. [1951] 1968. "Economía y política en el siglo XX". Pp. 239-249, en *El Estado democrático y el Estado autoritario*, de F. Neumann. Buenos Aires: Paidós.
- NOLTE, Ernst. [1968] 1971. *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*.

Barcelona: Península.

PAUWELS, Jacques R. [2000] 2002. *El mito de la guerra buena. EE.UU en la Segunda Guerra Mundial*. Hondarribia: Hiru.

POLANYI, Karl. 1922. "Sozialistische Rechnungslegung", *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 49(2): 377- 420.

POLANYI, Karl. [1925] 2014 "Nuevas consideraciones sobre nuestra teoría y nuestra práctica". Pp. 25-34, en *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, de K. Polanyi. Madrid: Capitán Swing.

POLANYI, Karl. [1932] 2012. "Economía y democracia", Pp. 197-201, en *Textos escogidos, editado por J.L. Laville, M. Mendell, K. Polanyi Levitt y J.L. Coraggio*. Buenos Aires: Clacso y Universidad Nacional de General Sarmiento.

POLANYI, Karl. [1933a] 2005. "Die geistigen Voraussetzungen des Faschismus". Pp. 216-221, en *Chronik der großen Transformation. Band 3*, editado por Michele Cangiani und Claus Thomasberger. Marburg: Metropolis.

POLANYI, Karl. [1933b] 2010. "Hitler et l'économie", Pp. 365-368, en *Essais, de K. Polanyi*. París: Seuil.

POLANYI, Karl. [1934] 2012. "El fascismo y la terminología marxista", Pp. 231-234, en *Textos escogidos*, editado por J.L. Laville, M. Mendell, K. Polanyi Levitt y J.L. Coraggio. Buenos Aires: Clacso y Universidad Nacional de General Sarmiento.

POLANYI, Karl. [1935] 2012. "La esencia del fascismo", Pp. 203-229, en *Textos escogidos*, editado por J.L. Laville, M. Mendell, K. Polanyi Levitt y J.L. Coraggio. Buenos Aires: Clacso y Universidad Nacional de General Sarmiento.

POLANYI, Karl. [1937] 2012. "Marx sobre el corporativismo", Pp. 241-249, en *Textos escogidos*, editado por J.L. Laville, M. Mendell, K. Polanyi Levitt y J.L. Coraggio. Buenos Aires: Clacso y Universidad Nacional de General Sarmiento.

POLANYI, Karl. [1940] 2005. "Der faschistische Virus", Pp. 279-295, en *Chronik der großen Transformation, Band 3*, editado por M. Cangiani und C. Thomasberger, Marburg: Metropolis.

POLANYI, Karl. [1944] 2003. *La gran transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.

POLANYI, Karl. [1947] 1994. "Nuestra obsoleta mentalidad de mercado", *Cuadernos de Economía*, 14 (20): 249-266.

POLANYI, Karl. [1957] 1976. "Aristóteles descubre la economía", Pp. 111-140, en *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, editado por K. Polanyi, C. Arensberg y H. W. Peason. Barcelona: Labor.

POLANYI, Karl. [1977] 1994. *El sustento del hombre*. Barcelona: Mondadori.

POLANYI-LEVITT, Kari. 1993. "Karl Polanyi as Socialist", Pp. 115-134, en *Humanity, Society and Commitment: on Karl Polanyi*, editado por K. McRobbie. Montréal: Black Rose Books.

POLO, Jorge. 2013. "Karl Polanyi y la hybris economicista de la Modernidad", *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, 46: 261-285.

POPPER, Karl. [1945] 1994. *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.

ROSENBERG, Arthur. [1934] 1972. "El fascismo como movimiento de masas". Pp. 80-149, en *Fascismo y capitalismo: teorías sobre los orígenes sociales y la función del fascismo*, editado por O. Bauer, H. Marcuse, W. Abendroth, A. Rosenberg. Barcelona: Martínez Roca.

STANFIELD, J. Ron. 1986. *The economic thought of Karl Polanyi. Lives and Livelihood*. Basingstoke: Macmillan.

SWEEZY, Paul Marlor. [1942] 1945. *Teoría del desarrollo capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.

TASCA, Angelo. [1938] 1969. *El nacimiento del fascismo*. Barcelona: Ariel.

VALDERRAMA, Paula. 2013. "Contrarrevolución fascista y democracia neoliberal. El golpe y la transición en Chile desde una perspectiva polanyiana", *Revista Pléyade*, 11: 13-36.